



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Naturaleza y cultura

Autor: León-Portilla, Miguel

Forma sugerida de citar: León-Portilla, M. (1993). Naturaleza y cultura. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 65-71.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 39, (mayo-junio de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NATURALEZA Y CULTURA

Por Miguel LEÓN-PORTILLA
MÉXICO

NATURALEZA Y CULTURA se nos presentan como conceptos de múltiples y complejas connotaciones, y también como realidades tan significativas e importantes que no hay hombre o mujer a quien puedan serles indiferentes. Atendamos al meollo de uno y otro conceptos. Naturaleza se deriva del latín *natura* y en última instancia de *natus*, que significa "lo nacido", lo que espontáneamente se da. Cultura, en cambio, denota en su origen también latino la idea de *cultivar*, es decir, actuar en la naturaleza, labrar la tierra para que semillas y frutos se produzcan en ella.

Entendidas así, en sus sentidos primarios, naturaleza y cultura parecen conceptos que se refieren a realidades no sólo distintas sino en cierto modo opuestas. Por una parte, lo que nace y se da espontáneamente; por otra, lo que requiere actuación y esfuerzo. En su sentido más amplio, naturaleza, mejor la *naturaleza*, es todo cuanto nos rodea, nuestro mundo y circunmundo. Es el universo entero cuya suma de realidades se nos presenta como inmenso y cambiante escenario, fuente de vida y de innumerables recursos, objeto de conocimiento, ámbito en el que transcurre nuestra existencia, abierto a infinidad de posibles formas de acción.

Las formas más obvias de actuar con la naturaleza son precisamente las de recoger sus frutos, obtener de ella el sustento, cultivarla para hacerla producir de acuerdo con un propósito definido. Asimismo se actúa con la naturaleza para establecerse más adecuadamente en ella, volverla habitable, encontrando formas de sobreponerse a los que se presentan en ella como obstáculos y peligros. Para lograr esto los distintos grupos humanos, a lo largo de milenios, tuvieron que desarrollar selectivamente sus propias formas de comportamiento, aprendieron a aplicarlas, transmitir las y mejorarlas. Actuar así para sobrevivir en la parcela de la naturaleza en que les tocó existir, implicó que los varios grupos hicieran suyos rasgos, elementos, técnicas, símbolos, estructuras internas, complejas

interrelaciones, en suma, lo que llamaríamos un equipamiento material y espiritual. Ese equipamiento, indispensable para actuar con la naturaleza, para cultivarla en el más amplio sentido, llegó a configurar a la vez la estructura interna, el perfil en evolución del correspondiente grupo humano. Rasgos y elementos que abarcan desde la visión del mundo y las creencias religiosas hasta las más variadas técnicas —selectivamente distintos en los diferentes grupos— vinieron a constituir lo que hoy llamamos en términos antropológicos su propia cultura. Ella es la creación característica y exclusiva del hombre, que le permite actuar en la naturaleza para bien o para mal.

La historia universal muestra que a lo largo de ella innumerables culturas han surgido y florecido, perdurando unas al difundirse en sucesivas transformaciones y disolviéndose otras por causas muy variadas. Todas ellas, de modo especial las transformadas y a veces trasplantadas, transmitieron y enriquecieron su propio equipamiento espiritual y material, que hizo posible su interacción con el ámbito de la naturaleza en el que existieron o han alcanzado a perdurar.

Naturaleza y cultura —en cuanto conceptos y realidades— se nos presentan en principio como diferentes y contrastantes. Sin embargo, afinando nuestra percepción nos percatamos de que se hallan así en íntima e inexplicable relación. Constituyendo una dualidad, una y otra se compenetran. El ser humano mismo es hechura de la naturaleza, pero a la vez es creador de culturas. Éstas, como todo lo que existe en la naturaleza, están sometidas al cambio —así concibieron los griegos a la naturaleza cuando la llamaron *physis* y así surgen las culturas, florecen, se propagan y transforman o mueren. Su destino está en estrecha relación con su comportamiento frente a la naturaleza.

Reflexionemos un momento a la luz de estas ideas en lo que ha sido, es y puede ser la realidad de las culturas nuestras, las que se han desarrollado en esta parcela inmensa de la naturaleza que llamamos América Latina o Iberoamérica. Desde la California mexicana hasta la Patagonia y la Tierra del Fuego su ser geográfico comprende más de veinte millones de kilómetros cuadrados, o sea más de la séptima parte de todas las tierras emergidas en el planeta. Con extensos litorales a lo largo de los dos grandes océanos, una misma cordillera con elevadas cumbres y volcanes recorre y une, por así decirlo, la superficie del vasto continente iberoamericano.

En él la naturaleza ha sido extremadamente pródiga. Sus tierras tropicales, surcadas por grandes ríos, albergan las selvas más extensas del planeta. Incontable parece el número de las especies botánicas y zoológicas que proliferan en ellas. Recursos de todo género, hasta ahora sólo en parte calculados y aprovechados, abundan en sus dilatadas extensiones, tanto de las tierras tropicales como de las templadas. Imposible evocar aquí al menos lo más sobresaliente en su ser geográfico, su naturaleza henchida de paisajes de maravilla y riqueza en espera de ser usufructuada con medida y sensatez. Baste decir que, a pesar de todos los pesares, la naturaleza esplendorosa y variada de estas tierras continúa ejerciendo fascinación en cuantos en ellas y de ellas viven o las visitan y recorren.

En diversos lugares, dentro de millones de kilómetros cuadrados, ámbito natural en el que hoy existen los modernos países latinoamericanos, han florecido distintas culturas en larga secuencia de milenios. Algunas de ellas alcanzaron extraordinario desarrollo, en especial las del ámbito andino y las de Mesoamérica, en gran parte de lo que hoy es México y la América Central. En unas y otras existieron complejas formas de organización social, económica, religiosa y política. Hubo grandes ciudades comunicadas entre sí. Entre sus creaciones sobresalen sus grandes templos y palacios con pinturas murales, esculturas en piedra y cuanto hoy llamamos su arte.

Tan grande es la admiración que han despertado las creaciones de estas culturas que varias de sus antiguas ciudades y metrópolis han sido declaradas patrimonio de la humanidad por la UNESCO. Un hecho que mucho interesa destacar aquí es el del comportamiento, con respecto a la naturaleza, de los forjadores de tales civilizaciones y también de los que desarrollaron sus culturas en las islas, las selvas y otros lugares. Unos y otros, lejos de vulnerar o destruir la naturaleza, la tuvieron como realidad sagrada, madre suya primordial, proveedora de sustento y que había que respetar y amar.

Sobre este primer estrato de pueblos y culturas, que cabe describir como en diálogo permanente con la naturaleza, comenzaron a transplantarse, desde hace poco más de quinientos años, gentes venidas de más allá de las aguas inmensas, de la Península Ibérica. Pusieron ellas en movimiento el proceso que se ha descrito como encuentro de dos mundos, tanto en su sentido de confrontación y lucha violenta, como en el de acercamiento y fusión. Los tres siglos de presencia hispánica y unas décadas más de portuguesa dejaron huella imborrable y multipresente en estas tierras y en los habitantes nativos de ellas. Y en modo alguno debe olvidarse la que se ha

reconocido como tercera raíz: la realidad y aportación de las gentes de origen africano.

Los antiguos universos de símbolos quedaron rasgados. El paisaje mismo cambió, puesto que se introdujeron nuevos cultivos, animales nunca antes vistos, hombres y mujeres de atuendos muy diferentes. La urbanística fue ya distinta. En pueblos y ciudades, también a veces en el campo, se elevaron edificaciones de grandes y pequeñas iglesias y conventos. El diálogo con la tierra y con los indígenas de ella tuvo otros ritmos. La introducción de enfermedades antes desconocidas, el trabajo en las minas, el trastrocamiento de culturas, fueron causa de muertes innumerables. Los nativos disminuyeron en forma alarmante pero no desaparecieron. Hoy viven cerca de cuarenta millones de sus descendientes que conservan sus lenguas y no pocas de sus tradiciones, entre ellas la de dialogar con la naturaleza, la madre tierra.

La forja cultural ha proseguido en los años de vida independiente de los países iberoamericanos. Cada uno —a veces en medio de enfrentamientos con sus propios hermanos— marcó sus fronteras en el ámbito de esa naturaleza hasta entonces relativamente poco vulnerada. Por una parte, las naciones independientes de la joven América Latina, que proclamaban ideales de libertad, tomaron a la vez conciencia de las afinidades culturales que había entre ellas y, con Simón Bolívar y otros de sus más distinguidos gobernantes y pensadores, concibieron proyectos de acercamiento y unión. Por otra, en el seno de cada una de esas naciones prevalecieron las grandes diferencias sociales, económicas e incluso étnicas y lingüísticas, estas últimas sobre todo en sus correspondientes grupos indígenas.

Una pluralidad de identidades culturales existió así en estas jóvenes naciones: las de los pueblos indígenas sobrevivientes, confinados muchas veces a regiones de refugio, y las de sus habitantes de origen africano; las de quienes entre los anteriores y entre los grupos mayoritarios en cada país adquieren conciencia de que son ciudadanos de él; finalmente, la más restringida en cuanto al número de los que la hacen suya, pero la de mayores alcances, incipiente sentido de identidad cultural latinoamericana. A esto hay que sumar, como importantes factores también con significación cultural, los vínculos con los pueblos de España y Portugal, ambivalentes en ocasiones pero renovados con la presencia no interrumpida de inmigrantes procedentes de la Península Ibérica. A su vez, en América Latina se admiraba y trataba de imitar cuanto se conocía de la cultura francesa y de las grandes realizaciones de los Estados Unidos.

Cierto es que en el ser, con más de siglo y medio de vida independiente, de cada una de las naciones latinoamericanas, han ocurrido enormes transformaciones, desde luego que con grandes diferencias entre sí. Sus realidades geográficas y sus variantes culturales muchas veces se han visto afectadas por lo ocurrido en otros lugares del mundo, sobre todo en Europa y los Estados Unidos. Pero sería erróneo pensar por esto que ha prevalecido el mimetismo. No hay país en América Latina —con todas las diferencias que se quiera— en el que no hayan florecido hombres y mujeres empeñados decididamente en encauzar sus destinos: humanistas, políticos, filósofos, escritores, estudiosos de las ciencias sociales y naturales. Su presencia y su legado se suman a la rica herencia cultural de sus pueblos indígenas y africanos, y de aquellos venidos de la Península Ibérica, portadores del saber y el arte, recibidos y enriquecidos por ellos, de las antiguas civilizaciones del Mediterráneo.

Más allá de todas las diferencias, algunas de ellas muy grandes, entre nuestros distintos países, perduran en sus grupos mayoritarios elementos fundamentales que todos comparten. Uno es la lengua: el español o el portugués, ambas muy cercanas, por no decir hermanas. Tan importante como la lengua, son su visión del mundo y sus creencias, enraizadas en el legado antes mencionado, con énfasis particular en la concepción cristiana del hombre y la sociedad. Elementos o realidades que deben también subrayarse, son el sentimiento de convivir en un ámbito geográfico poseedor de esa múltiple y rica herencia que abarca la realidad de la naturaleza esplendente del Nuevo Mundo; el antiguo florecimiento de las culturas indígenas con la presencia siempre doliente de los supervivientes de ellas y, finalmente, la conciencia de una historia en común, en la vinculación con las naciones ibéricas y en los renovados ideales de acercamiento de una comunidad iberoamericana.

Todo esto suena halagüeño. Sin embargo, debemos reconocer que en la amplísima gama de cuanto concierne a naturaleza y cultura en la realidad iberoamericana, los problemas son múltiples y algunos de ellos se agravan de día en día. Ante todo, debe señalarse que los requerimientos de sus poblaciones son cada vez más grandes. Hasta donde es posible aducir datos confiables, el conjunto de los habitantes de todos los países latinoamericanos no llegaba en el año de 1900 a los ochenta millones de personas. En la actualidad sobrepasa los cuatrocientos millones, de suerte que en menos de un siglo se ha quintuplicado. Tan vertiginoso desarrollo demográfico no ha ido a la par con el económico ni el tecnológico. Por el contrario, sobre todo en el último decenio, una aguda crisis ha afectado

hondamente la economía de estos países, impidiéndoles obtener la tan necesitada transferencia de tecnologías. Fuga de capitales, pagos desorbitados por el servicio de enormes deudas externas, fugas asimismo de cerebros, empobrecimiento cada vez mayor de grandes sectores de la población, han sido acompañantes obligados en la situación prevalente.

Entre las consecuencias más visibles de todo esto están las que afectan al que he llamado equipamiento para aprovechar los recursos de la naturaleza. Lo que durante siglos y milenios no había ocurrido comenzó a dejarse sentir. Poblaciones cada vez más grandes empezaron a hacinarse en los centros urbanos, la necesidad urgente de recursos propició también acciones depredadoras, con la participación a veces de consorcios transnacionales. La contaminación se volvió compañera de la vida urbana; las selvas comenzaron a ser sobreexplotadas; fue en aumento la polución de los ríos, lagos y litorales del mar, causada muchas veces por industrias desprovistas de una tecnología adecuada. El antiguo diálogo con la naturaleza comenzó a silenciarse, dejando su lugar a la acción torpe que vulnera y destruye aquello que toca.

Y en cuanto a la cultura —entendida ésta en su sentido antropológico que abarca el equipamiento espiritual y material de un pueblo— el problema enunciado se ha traducido paralelamente en grandes trastocamientos. Tan grandes y dramáticos que algunos llegaron a poner en duda la viabilidad misma de las naciones latinoamericanas en el contexto contemporáneo de las grandes potencias y los llamados países del primer mundo.

La reflexión llega así a un clímax. Es verdad que hoy se vislumbran ya algunos signos esperanzadores. Representantes de los países de Iberoamérica se reúnen con frecuencia en distintos foros para discutir sus problemas comunes en busca de soluciones. La cooperación en varias áreas comienza a ser una realidad. Iberoamérica, lejos de cerrarse en sí misma, se abre al mundo formulando planteamientos acerca de relaciones e intercambios más amplios y equitativos. La situación prevaleciente no es negra ni blanca; hay luces y sombras.

Naturaleza y cultura en Iberoamérica, en sus inextricables y hondas relaciones, reclaman una atención mucho mayor que la hasta ahora concedida. ¿Sería mucho proponer a los jefes de Estado en Iberoamérica que se implementaran foros para ampliar a todos los niveles la reflexión en torno a esto? ¿No es urgente acaso encontrar nuevas formas de restaurar el diálogo con la naturaleza

—la nuestra pródiga y esplendorosa— para recibir de ella, sin vulnerarla, lo que hace posible nuestro existir? Más tal vez que en otros campos, éste de la ecología requiere acción presta y adecuada, coordinada si es necesario internacionalmente. La naturaleza en nuestro planeta Tierra se halla ya gravemente vulnerada y lo puede estar aún más. No debe olvidarse que lo que ella ofrece es la base del desarrollo económico de un país. Por eso un adecuado trato al medio ambiente es condición indispensable para un crecimiento económico no pasajero sino sostenido. Urge que nuestros países incrementen y coordinen su acción al respecto.

Nuestro legado de cultura, en otros muchos aspectos, debe ser lección permanente. Importa ahondar en el conocimiento de cómo crearon cultura los antepasados indígenas en los ámbitos naturales en los que vivieron. Y otro tanto cabe decir respecto de quienes vinieron mucho después de más allá de las aguas inmensas. ¿No será también pertinente proponer a los jefes de Estado, en Iberoamérica, propiciar por todas las vías el conocimiento y la preservación de esa rica herencia de cultura? Naturaleza y cultura en esta América nuestra son algo así como cuerpo y alma de nuestro ser, realidad inseparable. De ella, sus complejas realidades y problemas, habrán de tomar conciencia quienes nacen y viven en estas tierras a partir de sus años de educación primaria.

Las ramas del saber que se conocen como antropología, historia, geografía y ecología deben tener lugar muy importante en la formación de los latinoamericanos. Su temática, más allá de lo meramente académico, concierne de forma vital a todos los habitantes y, por supuesto, a sus gobernantes. Hay que levantar la voz y afirmar que urge detener la vulneración, por no decir destrucción, de la naturaleza. Y lo mismo habrá que expresar sobre la toma de conciencia del legado de cultura y su realidad contemporánea, equipamiento para entrar en adecuada relación con cuanto presenta y ofrece la misma naturaleza. Formular propuestas específicas acerca de esto es una de las razones de nuestra presencia en esta Antigua Guatemala, ella en sí misma, muestra extraordinaria de creación cultural, legado viviente en el patrimonio mundial de la humanidad.